

PEQUEÑA CRÓNICA DE SANTA CRUZ

Por Juan Antonio
Padrón Albornoz

Mármoles con historia

El antigua caserón de la Aduana de Santa Cruz fue pasto de las llamas el 20 de julio de 1727. En el siniestro se perdieron los caudales de la Real Hacienda, así como otras muchas pertenencias particulares.

Era entonces administrador el teniente coronel don Francisco Antonio Sepúlveda y, hasta 1742—reinando Felipe V—, no se concluyeron las obras del nuevo edificio que, en la calle de la Caleta, habría de albergar las desaparecidas dependencias.

Situado a la orilla del mar, tenía por el lado del Este parte de sus obras sobre la batería de la concepción, mientras que, al costado Norte, existía un pequeño desembarcadero, de buena sillería y sobre una restinga, para el uso de las embarcaciones que transportaban mercancías.

Era entonces comandante general del Archipiélago don Andrés Benito de Pignateli que, según Desiré y Dugour, "visitaba las islas con exposición de su persona, en un mar cuajado de enemigos".

Y era que, desde 1741, después de dos ataques realizados por los corsarios ingleses sobre Tuineje—de donde fueron rechazados por el gobernador Umpiérrez—éstos no cesaron de cruzar las aguas del Archipiélago en número siempre creciente.

El almirante Windon atacó las islas de Gomera y La Palma, mientras que en acciones rápidas—y siempre desafortunadas—los "raiders" ingleses caían sobre Los Cristianos, Puerto de las Nieves, Gando y Puerto de la Orotava.

El general Pignateli visitó en varias ocasiones las islas mientras, poco a poco, la nueva Aduana se alzaba a la orilla de la mar santacrucera.

Er aquel un edificio recio, cuadrado, de dos pisos y grandes dimensiones que, en su centro, tenía un patio espacioso. La puerta de entrada la tenía enmarcada con una moldura de mármol blanco y estaba rematada por las armas de España.

En el edificio, con tocado de tejas canarias—y fachada que "ni revela gracia ni gusto arquitectónico"—se establecieron todas las dependencias de la Hacienda Pública de Canarias y, con el tiempo, hubo que llevar a cabo obras de ampliación, ya que resultaba insuficiente para la burocracia de entonces.

A las 9 de la noche del 28 de septiembre de 1784, la atalaya marinera del castillo de San Cristóbal dio aviso de incendio. Y, tras ella, tocaron a rebato todas las de las iglesias y conventos de Santa Cruz.

Una casa ardía en la calle del Sol, y, a pesar de las medidas tomadas oportunamente, las llamas no pudieron ser controladas. Y eso que por orden del marqués de Branciforte, la artillería derribó los edificios fronterizos para evitar el paso de las llamas y la extensión del terrible incendio que, cada vez más, ganaba en proporciones.

De La Laguna, Tacoronte, Tejina y Tegueste, llegaron gentes de madrugada para colaborar en la extinción del terrible incendio, que causó la pérdida total de 31 edificios y el derrumbe de otros 21.

En evitación de que las llamas llegasen a la Aduana y al Castillo, se ordenó se sacase la pólvora de éste y la documentación de la Hacienda Pública, Administración de Tabacos y Veeduría.

Y fue oportuna la providencia pues, si bien el fuego prendió en la puerta de la capilla de la Aduana, pudo extinguirse el conato con toda facilidad.

Llegó la vieja Aduana hasta nuestros días. Allí, a la entrada de la calle de la Caleta, daba paso a la pequeña vía que, con callaos de playa, se dirigía al extremo de la Plaza de la Iglesia.

Santa Cruz creció y creció. Y este crecimiento, lógico, se llevó al viejo edificio, si bien respetó aquel rincón de Santa Cruz donde, por fortuna, el Tiempo parece dormido.

Llegó la vieja, centenaria Aduana hasta nuestros años niños. Y, cuando se demolió, se trató de la posibilidad de colocar su artístico marco de mármol como entrada a uno de los paseos interiores del Parque García Sanabria.

Pero, desde entonces, suponemos que tales históricos mármoles duermen el sueño de los justos en los depósitos municipales. Allí suponemos estarán a la espera—siempre a la espera—de una mano piadosa que los saque de nuevo a la luz de Santa Cruz, a la vista de las nuevas generaciones.

EXIJA LOS PRODUCTOS "BOERO" DE UN ANTIGUO Y CRECIENTE PROCESO

- DURUM - esmalte sintético de alta calidad
 - IDROCOLOR - pintura mural lavable
 - B.B.S. - pintura especial al aceite de linaza
 - CIGNO - colores preparados al aceite de linaza
 - LITRON y MODERNA - pinturas óleo-sintéticas
 - CASABELLA - pintura opaca
 - PICROZIN - pintura antioxidante
 - BOEROCROM-63 - pintura especial para aleaciones ligeras.
 - ALUMINO - pintura resistente al calor
 - PINTURAS SUBMARINAS - anticorrosivas y anti-vegetativas.
 - BARNICES FLEATTING y COPALI
 - B. O. B. - aceite de linaza purísimo.
 - STRADALI - pintura para demarcaciones, en sus calidades normal - amarilla - blanca y roja con perlitas fluorescentes de cristal.
- Muestras, informes y todos los detalles que necesiten conocer, clientes y amigos, los obtendrán en
- LAS PALMAS DE G. C. (Puerto de la Luz)**
Calle José María Durán, 15 (Ferretería)
- SANTA CRUZ DE TENERIFE**
Calle Porlier, 19, esquina Alvarez de Lugo
- DEPOSITARIO GENERAL PARA EL ARCHIPIÉLAGO**
Mariano Orive Riaño
Calle Perojo, 13
- LAS PALMAS DE GRAN CANARIA**

CAPITANIA GENERAL de CANARIAS

JUNTA REGIONAL DE CONTRATACION

CONTRATACION DIRECTA EXPEDIENTE NUM. 14/69

En el Boletín Oficial de la Provincia de Santa Cruz de Tenerife, núm. 1 de fecha primero de agosto del mes en curso.